

LA IDEA Y EL PALO. /"La Noche", Madrid, 15
diciembre 1911/

La idea y el palo

ENTRÓ P., agitadísimo, en el despacho de R. Iban á tratar de un asunto grave, que les separaba profundamente, y lemaía P. que la discusión degenerara en disputa, y luego ésta en algo peor. Mas apenas se presentó ante su adversario R., dijole éste.

—Mire usted, señor P., esto va á acabar, seguramente, en que vamos á venir á las manos, y á dirimir nuestro caso á puñetazo limpio. Y esto después de una, dos, tres ó más horas de discusión más ó menos violenta. ¿Le parece á usted que nos ahorremos ésta y empecemos, desde luego, por donde habríamos de acabar? Además un meneo mutuo no creo que nos venga del todo mal.

—¡Pero, señor R!

—Piénselo usted bien. Porque lo peor es perder el tiempo, y tiempo perdido será el que gastemos en discutir, pues no hemos de convencernos uno á otro...

—Sabe usted que acaso tenga razón...

—¿Sí? Pues manos á la obra.

Fué R. á la puerta y la cerró con llave. Quitáronse luego las chaquetas, y se liaron á bofetada y puñetazo limpio, poniéndose como nuevos. Después de un cuarto de hora de mutua brega, sólo por breves momentos de respiro interrumpida, encontráronse jadeantes y sudorosos y llenos de cardenales y sorrostrones. Volvieron á ponerse las chaquetas, sentáronse, y dijo R.:

—Ahora, amigo P., discutamos el asunto.

—¡Pero si está claro, clarísimo, amigo R.!

—Así creo yo también.

Y en menos de diez minutos lo dejaron resuelto á satisfacción de ambos.

—Lo ve usted, querido P.—añadió R.—; en veinticinco minutos lo hemos arreglado todo, mientras que por el otro sistema habríamos estado discutiendo y disputando tal vez tres horas, para acabar por la cachelina. Y no habríamos quedado amigos.

—Cierto—agregó R.

Y se quedaron á comer juntos.

Paréceme este un procedimiento en no pocos casos recomendable, lo mismo entre los hombres que entre los pueblos.

O. Complotos
to uso
IX



UNIVERSIDAD
SALAMANCA

GREDO.S.UsALÉS



(Y entre parentesis, ¿no es eso lo que Italia está haciendo en Trípoli con Turquía?)

Hay que dar algo al instinto combativo del hombre y á la necesidad psíquica y fisiológica de las cachelinas y las guerras. Los ilusos que creen acabar con éstas se proponen hacerlo suprimiendo sus causas. Y la guerra es ella misma la causa de los motivos que la provocan. El hombre es, como otros muchos animales, un animal esencial y fundamentalmente guerrero.

«Si, pero la guerra evoluciona, cambia de forma...» Y aquí se nos vienen los sociólogos—que son los astrólogos y alquimistas modernos—con toda una serie de monsergas sobre la lucha económica, intelectual ó de ideas, etc., etc. ¡Ganas de hablar! Digan lo que quieran, las ideas han entrado siempre á estacazos. Claro es que no siempre en el que recibe el estacazo, sino que muchas veces, las más, en el que lo da. Hay quien se ha convencido de que no tiene razón en vista de no poder imponer su idea á palo limpio. Por donde se ve la superiorísima utilidad de darlos. Aunque no sea tan grande la de recibirlos.

Presumo que una buena parte de mis lectores dirá á esto: «¡bah, paradojas de Unamuno!», porque es sabido que las más tienen que ser paradojas, aunque aquí apenas hay quien sepa á ciencia cierta qué es lo que quiere decir eso de paradoja. Dicen por ahí fuera que está lleno de ellas el Evangelio, y esto me consolaría si yo creyese que es algo malo la paradoja, pues nada me place más que acercarme á escritor evangélico. Y mi amigo Kierkegaard decía que la paradoja es la pasión del pensamiento. No es poco, pues, llegar á ella aquí, donde la pasión del pensamiento, ó la rabia de pensar si se quiere, es tan rara. Y más rara aún en los listos, que los hay.

Me permito opinar, por otra parte, que los clavos se deben meter de punta y no de cabeza, y las ideas deben presentarse siempre por el lado más puntiagudo y que más pinche. Y todo lo que acabo de decir de la guerra no es sino lo que de ella dicen los que la defienden y ensalzan, sean filósofos, como Hegel, ó mi-





litares, como Moltke. La guerra ha producido y transmitido tantas ó más ideas que el comercio. La diosa de la sabiduría, Minerva, usa casco guerrero.

El Sr. R., de quien os hablaba al principio de estas notas, entendía en su más profundo sentido el viejo aforismo latino de *si vis pacem, para bellum*, apréstate á la guerra si quieres la paz. Lo más terrible es, sin duda, eso que llaman la paz armada. Preferible es la guerra desarmada.

«¿Y qué es esto de la guerra desarmada?», preguntará el lector. Esa es una frase que he sacado por el método del *Ars magna commutatoria* que á mí y á otros—entre ellos Pascal—nos enseñó el gran D. Fulgencio. Ya pensará lo que con eso de la guerra desarmada se puede hacer y se lo comunicaré á mis lectores.

Por hoy quiero limitarme á llamar la atención de ustedes sobre el hecho de que vivimos en España en paz civil armada, y casi todo, como el tío de Fuentelapeña, en «¿á quién le pego?»

Y es lo triste que no sirvieron á sacarnos de ese estado las dos y media guerritas civiles del pasado siglo, su revolución y sus varios motines y pronunciamientos. Seguimos disputando y malgastando en ello tinta, que es acaso peor que malgastar sangre. Porque no está mal aquella frase de «sobre esta disputa corrieron ríos de sangre y, lo que es peor, de tinta». Esta mancha más que aquella, á tal punto, que hay quien cree que la sangre limpia la tinta.

Me temo que todo lo que escribamos unos y otros ha de ser inútil, porque, como ni éstos ni aquéllos queremos convencernos, nadie nos ha de convencer. Y yo menos que nadie. Verdad es que tampoco escribo para convencer, sino, á lo sumo, para ver si logro encender en cada uno de los que me lean la pasión de su propio pensamiento, aunque sea contrario al mío.

Miguel DE UNAMUNO

